

F 1/28

M. de Zárraga

IE

PASIÓN DE AMOR

AÑO DE 1900

[Handwritten signature]

F
28
IE

Sig.: F 28 IE

Tít.: Pasión de amor : novela origina

Aut.: Zárraga, Miguel de

Cód.: 51078176



64972

F

-1E

Repetida

R.3278

Pasión de amor



NOVELA ORIGINAL

DE

Miguel de Larraga



SEGOVIA

IMPRESA DE F. SANTIUSTE

Grabador Espinosa, 1

1900

F
177

SECRETARIA

BIENEFICENCIA PROVINCIAL

A la Ilustre
Sociedad Económica Segoviana
de Amigos del País.

EL AUTOR.

Junio 1900.





BIBLIOTECA MUNICIPAL
SANTA CRUZ DE TENERIFE

PASIÓN DE AMOR.

—()—

I

A los dieciocho años, no hay corazón que no sueñe, ni alma que no suspire: es la edad de las ilusiones, de las esperanzas, de los deseos...: ¡la edad del amor!

Confusa multitud de ideas y pensamientos bulle y lucha en nuestra juvenil mente, joya de valor inestimable en cuyas interioridades cada ser guarda su novela: novela real que vive y da vida á nuestra alma.

No creais que al tomar la pluma, dispóngome á escribir una narración más ó menos verosimil y llena de interesantes aventuras; no quiero, tampoco, hacer una novela sentimental, romántica, apasionada...: aspiro únicamente á relatar, adornados con

las pobres galas de mi estilo, hechos rigurosamente históricos; á trasladar al papel las impresiones que de la vida conservo en mi mente; deseo solo desahogar mi corazón, que no podría vivir si tuviera que guardar por más tiempo los recuerdos de amor que le atormentan, las torturas de la pasión, las alegrías y tristezas que, al fundirse, forman lo peor de la vida: ¡el desencanto! ¡Que triste es para mi el hablaros de esto, y al mismo tiempo, como se ensancha mi corazón al recordarlo!

Si estas memorias leéis algún día, adivino la sonrisa que se dibujará en vuestros labios; os parecerá imposible que yo haya podido sufrir, cuando siempre me véis tan risueño. No sabéis que mi alegría es triste; tan triste como la del clown que en la pista de un circo os divierte, aún cuando en su corazón anide el duelo. No podéis figuraros que yo tengo, por necesidad, que reír para hacer menos cruel mi sufrimiento, como ríe el clown, por obligación, para ganarse el pan que ha de ser el alimento de sus hijos...

Esto tal vez no lo comprendereis hoy; más adelante, cuando el tiempo que nada respeta haya borrado mi existencia, si vosotros vivís, al recordarme, quizás de-

ramareis una lágrima por mí, por vuestro antiguo amigo Luis España; por aquel ser que vivió riendo por vivir más pronto.

Más dejémonos de preámbulos, dejémonos de filosofías que á nada conducen, y pasemos al relato sucinto de los hechos que componen mis Memorias, escritas en horas de dolor, y bañadas con mis lágrimas.



II

No voy á hablaros de mi niñez: no la recuerdo. Solo os diré que apenas conservo memoria de mis padres, de aquellos seres queridos que me dieron vida y á quienes no puedo menos de reverenciar, aunque bien sabe Dios que ellos fueron los principales causantes de mi desgracia. ¡Con solo darme el ser me condenaron á vivir en este mundo! ¿Hay mayor suplicio? ¡Si la vida es el eterno sufrimiento...!

Cuando cumplí los quince años, me encontré transformado; ya no era el niño que solo piensa en divertirse, era el hombre que padece...

Mi alma se tiñó de un tinte melancólico, soñador, taciturno; todo me hastiaba, ¡y aún no había empezado á vivir!

La poesía y la literatura eran mi único consuelo, y á ellas recurría en pos de alivio á mis males. Y así viví dos años, sin ocuparme del mundo, absorto en mis poé-

ticas meditaciones, entregado á los libros, aquellos libros, ¡ay! que solo sirvieron para fomentar en mi ánimo una pasión de amor inconcebible hacia *algo* que yo no podía comprender: hacia un ser infinitamente bello, si bien para mi desconocido...

Cuando la noche tendía su negro manto, bajo el cual se cobija lo mismo el malhechor que el hombre honrado; cuando el último destello de luz solar tras del horizonte se ocultaba, dejando en completa obscuridad la tierra; cuando el bullicio y la alegría desaparecían para dar paso al silencio más profundo; es decir, poco después del vespertino crepúsculo, encontrábame muchas veces, solo, alejado de todos, encerrado en una habitación donde ningún ruido se percibía... ¡Ah! ¡Que sensaciones tan diversas experimentaba! Alegrías y tristezas que acudían á mi mente en confuso tropel, cual si quisieran atropellarse las unas á las otras. Recuerdos que me molestaban, divagaciones que me producían sensaciones agradables, amarguras que en mi alma reverdecían... Un mar de pensamientos que me ahogaba y envolvía, y contra el que luchaba buscando una idea salvadora que me distrajese, como el naufrago busca anhelante la tabla de salva-

ción, en medio de las encrespadas olas del Océano.

En uno de esos momentos, es cuando sentí una sensación tan extraña, que dejó indeleble huella en mi mente.

Acababa de cumplir los diez y siete años.

Era una hermosa tarde del mes de Mayo; entre las sombras que por mi habitación vagaban, veía agitarse algo que en el primer momento me fué difícil suponer lo que era.

Poco á poco, aquel ser extraño que unas veces tenía apariencias de angel, y de demonio otras, fué presentándose más distintamente ante mi vista, y después de un sin número de transformaciones que yo no pude percibir, quedó convertido en virginal mujer. Hermosa, como la luz del día, se encontraba envuelta en diáfanas gasas que, permitíanme contemplar los esculturales contornos de aquel angélico ser que ante mis ojos se presentaba.

¿Era sueño, ó realidad? ¿Divagación ó delirio?

Yo no podría decirlo; en aquellos momentos, mi alma, abandonando este mundo de maldad é hipocresía, volaba en alas de la imaginación, por un mundo nuevo

para mí: por un mundo fantástico y divino.

Aquella mujer sonreía como si se gozara en mi estupor, y yo, la miraba, la miraba, y... ¡que hermosa era!

Su belleza me fascinaba; intenté borrar de mi mente aquella visión, y, ¡nada! ¡Imposible! Su imagen se había grabado en mi corazón de niño, y ni á viva fuerza podía arrancar de mi pecho aquella pasión de amor que empezaba á devorarme...

Cuando al día siguiente me presenté en una reunión, donde concurrían preciosas muchachas, y á la que yo solía asistir algunas veces, no pude contener un grito de sorpresa, que asomó á mis labios. Junto á mí se encontraba una joven á quien yo conocía de antiguo, y, ¡cosa rara!, se parecía mucho, muchísimo, á la desconocida que, horas antes, viera en mis letargos...

¡Cruel desilusión! Aquellos sueños tan dulces, se convirtieron con el tiempo en realidades muy amargas...

Aquella aparición que tanto me embriagó, para desengañarme luego, tiene un nombre; se llama: *Primer amor*.





III

El hombre no comprende que ama, hasta después de haber amado; por esto fui yo feliz durante mucho tiempo con Clotilde...

Era esta una hermosa morena de ojos negros, talle esbelto, y pie pequeño; con la frescura de los diez y siete años, de estatura más bien baja que alta, y vistiendo con una sencillez tan encantadora, que rayaba en una elegancia exquisita.

La conocí en el campo; en los alrededores del pueblecito de Villavieja.

Vivíamos muy cerca el uno del otro; nuestro hoteles apenas si distaban, entre sí, un kilómetro, y no tardamos mucho tiempo en hacernos íntimos amigos.

Ella vivía con su madre, una señora de edad bastante avanzada, y que ocupaba una buena posición social; yo, con mis tutores, un matrimonio muy honrado, al parecer, y que luego pude convencerme era

solo el encargado de *comerse* sin ningún remordimiento de conciencia la considerable hacienda que me legaron, al morir, mis padres.

Don Genaro y Doña Josefa, que así se llamaban mis tutores, empezaron á visitarse con Doña Sofía, la madre de Clotilde, y con este motivo establecióse una corriente de simpatía entre la muchacha y yo. A todas horas estábamos juntos, y para mí el mayor placer era verla, estar cerca, muy cerca de ella...

¡Que feliz era entonces! Y sin embargo el más fútil motivo me disgustaba: no verla un día, por ejemplo.

Entonces quise creer que aquellas sensaciones que yo nunca había sentido, eran el amor...

Y una tarde que nos encontramos los dos, paseando por un frondoso bosquecillo, ocurrió lo que era de esperar que sucediera.

Clotilde y yo, estábamos juntos, devorándonos con los ojos, confundiendo nuestros alientos...

—¡Te amo!—la dije con gran vehemencia.

—¡Te adoro!—me respondió emocionada.

Dos gritos que partieron del corazón, para asomar á los labios... aquellos labios que al unirse engendraron lo que para cualquiera sería un beso, y para mi fué la conjunción de dos almas.

Aquella tarde balbuceé las primeras palabras de amor; amor purísimo rayano en la idolatría; no carnal y soez; que el hombre que ama á una mujer, como yo amaba á Clotilde, la respeta, la idolatra como si fuera á la Virgen, y ante ella desaparece la vil materia; y solo queda la fusión de dos espíritus... ¡Eso es amor!

Ahora que recuerdo aquella escena, sufro atrozmente, y las lágrimas acuden á mis ojos cual si quisieran protestar de mis sufrimientos...

Aún me parece estar viendo á Clotilde junto á mí, sentada en el tronco de un árbol que yacía en el suelo, y cerca, muy cerca, cual si temiera que mis palabras pudiera llevárselas el viento...





IV

Pasaron cuatro meses, durante los cuales pareció sonreirme la felicidad, y llegó el otoño.

Entonces tuvimos que separarnos; yo tenía que seguir mis estudios de Literatura en la capital, y el día 30 de Septiembre, triste y cabizbajo, después de despedirme de ella en una entrevista llena de suspiros, sollozos, promesas y juramentos, bañados con nuestras lágrimas, metíame en el tren que me había de llevar á X., dejando á Clotilde en Villavieja...

Y una vez más volvíme á encontrar solo, y, sobre todo, lejos de ella, del único ser á quien adoraba en esta vida.

Por entónces conocí al que por largo tiempo fué mi amigo, Antonio González, y quién se encargó de buscarme distracciones, con el buen deseo de ver si conseguía estirpar de mi alma las torturas que padecía. ¡Jamás lo hubiera intentado!

A él, con este motivo, le debo también parte de mi desgracia.

Tengo que advertir que á Antonio no le dije, entónces, nada de mis amores con Clotilde.

Pero antes de seguir adelante, bueno será que os presente á un nuevo personaje, que ha de tomar parte muy activa en los verídicos sucesos de esta novela de mi vida.

Elisa Rodríguez, joven de diez y seis años, hija de los nobles Marqueses de Hontaneda, rubia, de ojos azules, era cuando la conocí un tipo verdaderamente ideal. Bonita, sin ser una hermosura; pero con un *no se qué*, que atraía y subyugaba. Su aire melancólico, sus maneras aristocráticas, su misma conversación grave, y más propia de un viejo que de una joven, la hacían, para mí, una muchacha interesante.

No creáis por esto que yo pudiera olvidar á Clotilde; al contrario, mi amor era cada día más grande hacia *mi* hermosa morena.

En X. no acostumbraba yo á ir ni á teatros ni á paseos, y pasábame el día en el jardín de mi casa, leyendo obras de buenos autores, y escribiendo articulitos literarios y poesías.

Una tarde en que, como de costumbre, hallábame en el jardín, recibí una invitación para un baile que se celebraba aquella misma noche, en casa de Elisa, cosa que me extrañó pues yo no estaba presentado ni á ella, ni á su familia.

De mi perplejidad encargóse de sacarme Antonio, quien media hora después de recibir yo la invitación, presentábase en mi casa.

González era un joven de veinte años, de mediana estatura, elegante y simpático.

—¿Sabes—le dije apenas me hubo saludado—que me acaban de invitar á un baile?

—Sí—respondióme con naturalidad.

—¡Hombre!

—No te estrañe; te han invitado, porque así lo he pedido yo al Marqués, pues quiero presentarte en esa casa.

—Pero ¿no tienes por sabido que no quiero exhibirme, y que prefiero pasarme las horas con mis libros y cuartillas, que no en públicas diversiones?

—Lo sé; pero como yo me precio de ser un buen amigo, no debo consentir que continúes esa vida de retraimiento; deseo que te distraigas...

—Mucho te agradezco las buenas inten-

ciones, pero hoy me es imposible complacerte.

—¿Porqué?

—Tengo mucho que trabajar y... mira, precisamente esta noche tengo que arreglar mi equipaje, porque me voy de madrugada á Madrid...

—Eso no es un inconveniente; yo te ayudaré, y así terminas antes.

En fin tanto insistió, que yo, contra mi voluntad y por no desairarle, le prometí asistir á casa de los Marqueses de Hontaneda, pero después de preparar mis maletas, pues efectivamente quería irme á pasar unos días en la Corte, con objeto de presenciar el estreno de una obra mía que se iba á poner en escena, en uno de los teatros de Madrid.

Llegó la noche, y después de escribir extensamente á Clotilde, (pero sin decirle nada, aunque era una tontería el ocultarlo, de mi ida al baile de Elisa, para evitarla el pensar algo que estaba muy lejos de ser verdad, pues ya he dicho y repito, que para mi no había más mujer que Clotilde, á quien adoraba con idolatría), vestíme, y acompañado de Antonio me dirigí al baile de los de Hontaneda.

No entraré en descripciones que á nada

conducen, y que para nada nos interesan; baste saber que la elegancia y el buen gusto reinaban en aquellos aristocráticos salones.

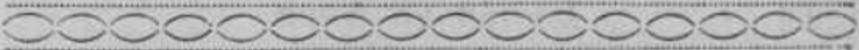
Fuí presentado por González, á Doña Emilia y Don Pedro, los señores de la casa, y á su hija Elisa, que, dicho sea de paso, con su blanco vestido descotado, estaba encantadora.

Excuso decir que fuí admirablemente acogido en aquella casa que pisaba por vez primera, y donde estaba reunido lo más selecto de la buena sociedad de X.

Una notable orquesta, dirigida por un reputado maestro, amenizó brillantemente la velada, que tantos recuerdos había de dejarme...

Amargos, al principio; gratos, ahora: siempre,... ¡recuerdos!





V

Una hora después de mi llegada al baile, encontrábame en un salón, llevando del brazo á Elisa...

—Amigo España, mucho sentiría que se hubiese V. enfadado conmigo...

—No se porqué dice V. eso, Elisa. ¿Enfadarme yo? No tengo el más leve motivo para ello, y aún cuando lo tuviese, por V. jamás podría yo enfadarme.

—Muchas gracias, Luis; suprima V. las galanterías. Si yo le he hablado á V. así, es porque, en realidad, no he tenido yo la culpa... Gracias á que ha habido alguien que me ha enterado, pues yo no podía figurarme...

—¿Eh?

—La distinción que V. me hace... La carta de V. no la he recibido yo, y temo que la hayan podido cojer mis padres... por eso no le contesté. Gracias á que V. lo ha dicho á personas que yo conozco y me han

enterado... De todas maneras no hizo V. muy bien en revelárselo á sus amigos; los pensamientos de amor, deben permanecer guardados...

Yo estaba verdaderamente aturdido ¿Qué significaba aquello?; no podía figurármelo; supuse que sería una equivocación de ella ó una broma de algún compañero.

De todos modos yo no podía, ni debía, dejar en ridículo á Elisa, diciéndola que se había equivocado al creer que yo la hacía el amor, y que la había escrito. Así es que procuré no insistir en aquel asunto del que yo mismo no tenía noticia alguna.

—¿Y bien?—la dije, por decir algo.

—Pues que me es imposible acceder á su petición...

Esta respuesta me animó, y por galantería añadí:

—Ignoro los motivos que pueda V. tener para darme tan rotunda negativa, que destroza por completo las ilusiones de mi alma, pero al mismo tiempo comprendo que puedo molestarla con mis palabras, y por lo tanto...

—No, eso, no...

—Perdón por todo, y por ahora, señorita, retiro mis pretensiones.

Y seguimos hablando de asuntos indiferentes, cosa que me alegró en extremo, pues de este modo me veía libre del compromiso en que me habían puesto.

A las doce despedíme, y salí apresuradamente del salón.

No sabía que en el vestíbulo me preparaban un pequeño y nuevo incidente.

Allí estaba Elisa, de quien no me había despedido, por una distracción disculpable en mi carácter, y en las circunstancias en que me encontraba aquella noche.

—Elisa, dispenseme V. no la haya saludado al retirarme, pues estoy tan mal de la cabeza...

—Lo comprendo. La que tiene que ser dispensada soy yo, que tengo la culpa de que se vaya V. enfadado.

—No lo crea V.

—Yo lo sentiría mucho que así fuese, pero ya ve V.... no puedo acceder á sus deseos... me han asegurado que tiene V. otra novia...

Yo estaba loco; aquella chiquilla parecía querer que yo fuera su amante...

Estábamos solos.

Obligado por las circunstancias, tuve que volver á insistir.

—Pues bien, sí, Elisa; me marchó tris-

te porque V. lo quiere. En Madrid procuraré distraerme...

—¡Oh! ¡Que ceño tan adusto!—y bajando un poco la voz me dijo—No quiero que me llame V. cruel; si me asegura que es mentira todo eso que dicen...

—Sí, Elisa, se lo aseguro.

—Entonces... entonces no se vaya V. triste. ¡Estoy vencida!

—¡Gracias Elisa!

—No quiero detenerle; pueden sospechar, y... ¡feliz viaje y hasta muy pronto!

—¡Adios, Elisa!

—¡Adios, Luis!

Y después de estrecharnos las manos con efusión, aparente por parte mía, nos separamos.

Cuando entraba en casa, sonaban las doce y media en el relój del Ayuntamiento.

Una vez en mi gabinete, arranqué con rabia la hoja del calendario de pared: ¡Era el 13 de Octubre!



VI

Cinco días permanecí en la Corte, sin poder acabar de explicarme lo sucedido, en el baile de los Marqueses de Hontaneda.

Adoraba á Clotilde, y no encontraba el medio de desprenderme de Elisa, á quien diariamente escribía, si bien eran muy frías mis cartas...

Estaban escritas con la cabeza, no con el corazón.

Al sexto día de llegar á Madrid, recibí una esquelita de Elisa, en la que me participaba su alegría por haber conseguido que sus padres la consintieran pasar una temporadita en la Corte, en casa de unos tíos suyos, y de esta manera podríamos vernos antes.

La escribí enseguida preguntándola el día fijo de su salida de X, y al saber que el 21 estaría en Madrid, no vacilé, arreglé mis asuntos lo mejor que pude, y el mis-

mo día de su viaje la puse un telegrama concebido en estos términos:

«Asunto urgentísimo obligame salir para esa el 21. Mucho lo siento.

Luis.»

Y el mismo día, salimos los dos; ella de X., y yo de Madrid. Naturalmente debíamos cruzarnos...

A continuación va la carta que recibí de Elisa; y en la cual me describía su viaje.

«Madrid 22 de Octubre de 18...

Mi inolvidable Luis: va estamos otra vez lejos uno de otro. Siempre la misma cordillera separándonos.

Cuando yo veía esas montañas desde mi balcón de X., y tu estabas en la Corte, pensaba: «Al otro lado está Luis; pronto le veré» y hoy, sin haberte visto, sigo repitiendo la misma frase, solamente que ahora no digo: «Pronto le veré» sino: «¡cuanto voy á tardar en verle!»

No puedes figurarte la impresión que me causó tu telegrama. ¡No verte, cuando mi sueño dorado era poder estar contigo aunque solo fuera un momento! Pasé muy mal rato, y en casa, al notármelo, me pre-

guntaron qué tenía, porqué estaba triste.

Conseguí dominarme; me quedaba una última esperanza, muy vaga eso sí, pero al fin esperanza.

Por la mañana me vieron muy triste; cuando me despedí de mi madre se me llenaron los ojos de lágrimas, pero me hice fuerte, y no pasó de ahí; y esta fortaleza ¿sabes porque la tenía? Porque aún esperaba verte.

Tu tren saldría de Madrid al llegar el mío, y si salía antes necesariamente tenían que cruzarse; yo iría asomada á la ventanilla y de este modo podría decirte un ¡Adios Luis!, salido del alma. Y así lo hice; me asomé, y ví cruzar, durante el viaje, dos ó tres trenes, y siempre mirando con afán al interior de los coches, y siempre sin verte.

Por fin llegamos á Madrid y allí estaba el tren en que tu marchabas; no había duda, allí estabas tu. ¡Si vieras con que fuerza me palpitó el corazón! Al tren en que yo iba lo detuvieron antes de entrar en el andén, y enfrente de él, ví otro parado, que dejaba entre los dos, una vía libre.

Yo ví avanzar el tuyo... ¡Ibas á pasar muy cerca! ¡Te iba á ver! Pero juzga mi

desencanto al ver que iba por otra vía, y pasaba detrás del otro, que le ocultaba á mi vista.

Entónces si que se me escapó el corazón; se que sin poder dominarme grité: «¡Adios Luis, te llevas mi alma!... pero aquel grito tu no lo oiste...

Me abracé á la doncella que me acompañaba, y lloré no se cuanto tiempo, pues no me dí cuenta de nada.

Mira que es fuerte saber que estabas á dos pasos de mí, que en uno de aquellos momentos estábamos el uno enfrente del otro, ¡y no poder verte!

Dime, en aquel instante, ¿te acordabas tu de mí, tanto como yo de tí? ¿Tenías tanto afán por verme?

Y cuando subíamos á casa, iba pensando: «Por aquí habrá pasado Luis, por aquí habrá estado, quizá por este mismo sitio en que yo estoy ahora.»

No he dormido más que dos horas, y no seguidas, y siempre con tu nombre en los labios; hoy me duele muchísimo la cabeza, estas habitaciones tan pequeñas me ahogan, el barullo de Madrid me marea, y estoy como un autómatas pues mi alma, mi corazón y mi pensamiento se fueron en aquel tren que tanto me hace sufrir, y

que salió de Madrid, ayer por la tarde.

Siempre creí que te amaba mucho, pero nunca pude suponer que fuera tanto; ayer he conocido la inmensidad de mi amor, creo que me amas, y esto me consuela.

Muchas veces he oído decir que una mujer no debe decir á un hombre, que le adora, pues basta que esto diga para que ese hombre la desprecie; pero tu no harás eso, ¿verdad? ¿Seguirás amando á esta chiquilla? Creo que sí, porque eres muy bueno.

Tu estás en tu casa, tienes buenos amigos, y yo, en cambio estoy sola, sin mis padres, y sin una amiga á quien contar mis penas; sabido es que todo corazón necesita consuelos y, ¿quien mejor que tú puede consolarme á mi?

Escríbeme enseguida, dime en tu carta que no me desprecias porque te diga que te amo mucho; dime, en fin, que siempre te acordarás de mi.

Adios Luis, estoy muy fatigada, y no puedo seguir escribiendo; con extensión escríbeme, te lo suplico, y no olvides nunca lo mucho que te ama y se acuerda de tí, tu

Elisa.»

Esto decía la carta. Lo que pensaba yo... eso no podría explicarlo.

Por una parte, Clotilde que me adoraba según tenía yo derecho á creer; y por otra, Elisa, la sentimental hija de los Marqueses de Hontaneda, que se había enamorado, al parecer, de mi humildísima persona.

¿Que debía hacer? ¿Desengañar á la Marquesita? ¿Engañar á Clotilde, continuando mis relaciones con Elisa? ¿Contar á Clotilde lo ocurrido? Hubiera sido una imprudencia. Y héme aquí, de nuevo, intentando luchar contra un revuelto mar de ideas y pensamientos.





VII

Después de muchas cavilaciones y no pocas torturas, decidí poner en práctica el primer procedimiento; iría poco á poco desengañando á Elisa, procurando hacerla sufrir lo menos posible, puesto que yo estaba ya convencido de que la Marquesita me amaba con delirio.

Y ahí va otra carta, que recibí cuatro días después, y que puede ayudar á demostrar su amor.

«Madrid, 26 de Octubre 18...

Mi siempre inolvidable Luis: estoy desesperada; llevo tres días sin noticias tuyas, y siempre pensando que será de tí.

Como en tu última carta me decías que no te encontrabas bien de salud, no puedes figurarte lo que estoy sufriendo, pues me figuro que el no escribirme es por que estás peor de tu enfermedad.

No pienses ni por un momento siquiera,

que yo pueda olvidarte, pues eso es sufrir sin necesidad. ¿Olvido? No existe para tí, á quien cada día quiero más si esto es posible.

Para que conozcas la inmensidad de mi amor te diré, aunque no debiera decírtelo, que si algún día llegaras á olvidarme, yo, muerta de pena por haber perdido tu amor, seguiría queriéndote toda mi vida, pues mi corazón ha nacido solo para amarte. Yo no seré de nadie en este mundo, más que de Luis España.

Ahora, á cambio de esto, te suplico me pagues con la misma moneda, ¡que no me olvides nunca!

No dejes de decirme tu estado pues sufro muchísimo ante la idea de que tú padeces; cuídate y no trabajes tanto.

Adios Luis, no me olvides, que á tí te amaré toda su vida tu

Elisa.»

Y como esta eran todas las cartas que yo recibía de aquella mujer á quien no amaba, y quien, sin embargo, demostrárame un amor inconcebible.

En tanto Clotilde seguía en Villavieja algo disgustada conmigo, pues según me decía, en sus cartas, habían llegado á sus

oidos noticias de mis amores con la Marquesita de Hontaneda.

Yo procuré disuadir á Clotilde, empleando para ello todos los medios que encontré á mi alcance, y ni por un momento se me ocurrió disgustarme de su no muy buena conducta, pues también á mi habíanme asegurado muchas cosas que yo no pude creer. ¡La amaba tanto!

Prueba de ello es que, á riesgo de ser considerado como *inhumano* por intentar destruir las ilusiones de una mujer que ciegamente me adoraba, escribí á Elisa, ya no recuerdo con que pretextos, diciéndola que me era imposible, en absoluto, seguir mis amorosas relaciones con ella.

Pocos días después, el 4 de Noviembre, recibía esta esquelita de Elisa.

«Madrid, 4 Noviembre 18...

Inolvidable Luis: el domingo á las tres de la tarde, te espera mi doncella en el mismo sitio donde te entregó mi última carta, para recoger todas las mías que te ruego las lleves.

Has el favor de decirme como, donde y cuando, puedo enviarte las tuyas.

Dispénsame no te haya escrito antes,

pero he estado en cama enferma, y me ha sido imposible hacerlo.

Oye Luis, ¿porque me martirizas? ¿Porqué me destrozas las ilusiones del corazón? ¿Te gusta hacerme sufrir? Pero no, no me hagas caso, no tienes tu la culpa, la tengo yo; mi desgracia y mis sufrimientos me los tengo que agradecer á mi misma.

Dices que quizás consigamos olvidar; tú, segurísima estoy de que antes de dos días, ya no te acuerdas de mí para nada; porque pondrás todos los medios para olvidarme, si alguna vez me has querido. A mi, en cambio, me queda un martirio lento, interminable, puesto que yo no puedo olvidar.

Muchísimo sentiré que por mi causa hayas podido tener disgustos; ya no los tendrás más.

Escucha, voy á hacerte mi última súplica. Cuando enamorado de una mujer pases las horas feliz á su lado, te ruego tengas un recuerdo para otra que, niña aún, te dió su corazón; un recuerdo, aún que sea muy vago, para la pobre Elisa.

Por Dios te suplico que no te rias de mi.

Adios Luis; que seas muy feliz es el deseo de la que fué tu

Elisa.»

VIII

Ya os podréis figurar el efecto que me produjo la anterior carta.

Mil veces que pensé en Clotilde; mil veces que ante mí tuve la imagen de Elisa.

La primera, cada vez más fría conmigo, y yo adorándola; la segunda, adorándome, y yo despreciándola.

Así es el mundo.

¡Que pocas veces se encuentran reunidos los dos amores!: El de *ella* y el de *él*.

Tres días después de recibir la última carta de Elisa, recibía otra de Clotilde, en la que me participaba su llegada á X.

Y ocurrió lo que era de esperar. A penas llegó enteróse por sus *amigas* de mis amores con Elisa, y, ¡claro está! nadie la contó la verdad, sinó que cada uno inventó una historia, á su capricho.

De donde resultó que Clotilde se enfadó conmigo, costándome indecible trabajo re-

cuperar aquel corazón que yo estimaba como el mejor del mundo.

¿Disminuyó por esto mi amor hacia ella? Al contrario, la adoraba como se adora á los dieciocho años; con frenesí, con ilusión...

Y llegó el mes de Diciembre.

Una mañana recibí una esquela, que tenía el sello del Interior.

No decía más que esto:

«Mañana viernes, á las diez, estaré en la Catedral, en la capilla de la Concepción.

Elisa.»

Era una cita de la Marquesita de Hontaneda, quien, por lo visto, se encontraba en X.

Aquel día lo pasé intranquilo, sin saber que partido tomar; Clotilde, por el contrario, estuvo muy alegre y burlándose de mis tristezas... ¡Como si á ella no la importaran!

Y siguió divirtiéndose á mi costa, mientras que yo sufría al ver, por mi desgracia, como iba perdiéndome el cariño.

A la mañana siguiente acudí á la cita de Elisa.

Poco después, paseábamos juntos por las afueras de X.

—Con el pretesto de pasar la Nochebuena con mis padres, he dejado la Corte; en realidad, no quería más que verte... En cuanto pasen estos días me iré.

—Mucho te agradezco, Elisa, lo que haces por quien nunca podrá olvidarte.

—No tienes que agradecerme nada; no he venido por tí; ha sido solo por mi corazón: necesitaba verte para poder vivir.

—Por Dios, Elisa, no digas eso.

—Bueno no lo diré, pero es lo que pienso.

Y seguimos paseando, sin hablar ni una palabra.

Ella estaba melancólica, algo más delgada que cuando la ví la última vez, y con una tez amarillenta, en la que estaban impresas las huellas del sufrimiento...

Yo, intranquilo, agitado, con algo en mi interior que no podía explicarme lo que, era...

La pobre Elisa, me daba lástima.

—¡Adios Luis! ya nos veremos antes de que me marche, ¿eh?

—¡Adios Elisa!—exclamé estrechando aquella mano que temblaba entre las mías.

—¡Hasta la vista!

Y fuése con su doncella, que á corta distancia habíamos seguido.

Cuando por la noche ví á Clotilde, y la encontré en su casa, haciendo las delicias de unos muchachos que iban muy á menudo á visitarla, sentí en mi corazón roer el gusanillo de los celos...

Una palabra, que salía del alma, asomó á mis labios: ¡Coqueta!

El peor calificativo que se puede poner á una mujer.



IX

Al día siguiente, aún permanecía en la cama cuando recibí la visita de Antonio González.

—¿Qué traes de bueno?—le pregunté después de estrechar su mano.

—Una noticia que no creo sea muy de tu agrado.

—Estoy acostumbrado á las noticias malas.

—Pues bien, en primer lugar te voy á dar un pescozón por no haberme dicho nada de tus amores con la bella Clotilde.

—¿Tú sabes...?

—Todo; y como no quiero que sigas haciendo un papel bastante ridículo...

—¿Eh?

—Nada: Clotilde no te quiere; más aún...

—¿Y qué?... Después de todo, yo la adoro...

—Permíteme que te recrimine, pero

haces muy mal; á una mujer como á esa...

—Mira te prohibo que me hables así de esa mujer. La quiero con toda el alma, la querré siempre; y aunque ella me aborrezca...

—Bueno, hombre, bueno. Callaré pues.

Cambiamos de conversación, y una hora después, nos separamos.

Apenas comí, vestíme para hacer mi acostumbrada visita á Clotilde.

La encontré en el jardín de su casa, acompañada de unas amigas suyas, y unos jóvenes gomosos que solían hacerla la corte.

Subí á la casa á saludar á su anciana madre, y poco después encontrábame en el jardín al lado de *mi* Clotilde.

Y entablamos este diálogo en voz baja.

—¿Cómo te encuentro tan esquiva conmigo?

—Porque te lo mereces.

—Si no te esplicas más claro...

—Porque estoy enterada, pero muy bien enterada, de tus relaciones con la Marquesita de Hontaneda.

—Eso no es verdad, Clotilde.

—Eso es cierto, Luis. Me lo han dicho con toda clase de detalles.

Y efectivamente, me contó una serie de

embustes que yo no quise tomarme el trabajo de desmentir.

—Conque ¿tengo razón ó no la tengo?

—No la tienes, porque ya te he dicho que eso no es verdad.

—Cuando el río suena...

—Algo hay; pero no lo que tu crees. Escúchame y te convencerás.

—No debía escucharte, pero en fin, habla.

Y haciendo un verdadero esfuerzo, la conté la verdadera historia de los amores de Elisa, sin omitir ni un detalle.

—Y ¿porqué no me lo digiste entónces?

—Por no inquietarte...

—Eso no me convence. Tú no debiste hacer lo que has hecho; pudiste decirle que no habías escrito tal carta...

—Pero mujer, eso era ponerla en ridículo. Además yo salía aquella madrugada para Madrid, y con no insistir en la petición, *que yo no había hecho...*

—Claro; pero, suponiendo que todo eso que me cuentas sea cierto...

—¿Lo dudas?

—Lo creeré; igual me dá. En resúmen que me has engañado, y que me engañas, puesto que Elisa te quiere, y tú la correspondes.

—¿Yo? Pero si hemos terminado nuestras relaciones.

—¿Y viene desde Madrid á verte? ¡Que cosa más rara!

—Pero ¿que culpa tengo yo? De todas maneras ella se irá un día de estos, y tal vez no volveré á verla más.

—¡Quien sabe! Mira, ¿sabes lo que debías hacer? Olvidarme, y seguir con ella.

—¡Clotilde!

—Si, tonto; ¡á mi me es igual!

—¿Pretendes burlarte de mí? ¿No sabes que tu eres mi primero y único amor? ¡Sin tí no podría vivir!

—Palabras, palabras, y nada más que palabras.

—Pídeme el mayor sacrificio, y gustoso lo haré. Y eso...

—¿Qué?

—¡Que sacrificio y grande estoy haciendo!

—¿Cual?

—¡Ahogar en mi pecho algo que en él se agita y me tortura! Se que me engañas, ¿oyes bien?, que tu, mi Clotilde, me engañas, y sin embargo... ¡Te adoro!

—¿Y quien te ha dicho que yo pueda engañarte?

—Todos: ¡mi mismo corazón!

—¡Ja, ja, ja! ¡Que cosas tienes! Mira dejemos esta conversación para otro día, ¿eh?

—Sí, sí, dejémosla. ¡Necesito creerte para poder vivir!





X

La emoción más profunda, estaba reflejada en el hermoso y juvenil semblante de Elisa. La pobrecilla, á duras penas podía contener el llanto que á sus rasgados ojos acudía, y cubriéndose el rostro, con finísimo pañuelo, articulaba frases de gratitud que yo procuraba retener en mi mente, cual si las dulces palabras de la joven pudieran ser un lenitivo al dolor que me embargaba el alma, al recordar el indiferentismo de Clotilde y el amor de Elisa.

Tenía que separarse de mí y, ¡tal vez para siempre! Y esta idea la atormentaba, pues decía que no podría vivir lejos de mí, y el intentar separarse era suficiente para desgarrar su corazón henchido de amor y deseoso de felicidad.

En aquellos momentos yo también sufría horriblemente; me acordaba de Clotilde, de lo mucho que la adoraba...

Elisa tuvo que tener valor para despe-

dirse; dos miradas cruzamos, miradas de esas que dicen más de lo que nos podemos imaginar...

Yo estaba alucinado, olvidaba todo, no veía más que á una mujer enferma, llorando, ¡llorando por mí!

Algo pasó entónces por mi corazón, algo que no pude esplicarme... Con sin igual pasión estreché la alabastrina mano de Elisa, viendo desprenderse de sus ojos una lágrima que, cual líquida perla, resbalaba por aquellas megillas de cielo, sin dejar huella de su paso...

Y allí, en la andaluza reja, quedó aquel angel terrestre con el alma emocionada, mientras que yo alejábame lentamente, volviendo de cuando en cuando la cabeza, y dirigiendo ardientes miradas, que, cual los rayos del sol, filtrábanse á través de las vidrieras; yendo á dar calor al helado corazón de la joven y desgraciada Elisa.





XI

¿Estaba yo enamorado de la Marquesita de Hontaneda?

No lo sé. ¿Porqué me conmoví al despedirme de ella? Quizás porque yo también sufría; tal vez porque en aquellos instantes veía palpablemente mi desgracia: Clotilde ya no me quería como cuando vivíamos en el campo; sin duda entónces me quiso porque fuí el primero que la habló de amor, porque aún no conocía el mundo. Y yo la adoraba con el mismo ardor, ¡aunque veía su indiferencia! Porque he de advertir que no la creía capaz de engañarme.

¡Cuan equivocado vivía!

Y al mismo tiempo que esto pensaba, veía á Elisa, de quien estaba seguro que me amaba, y yo sentíame un miserable al querer deshacer las ilusiones de aquel ser débil y enfermizo.

.....
Algunos árboles desparramados por la

árida llanura animaban el paisaje, á cuyo fondo se contemplaba extensa cordillera envuelta en nívea capa.

Todo era frío en derredor; solo el calor existía en mi corazón que impaciente escuchaba el penetrante silbido de un tren que se percibía ya cerca, y que avanzaba con vertiginosa rapidez, cual si temiera llegar tarde á su destino.

Un segundo más, y...

—¡Adios Luis; ahí va mi corazón!—exclamó argentina voz que surgió del interior de un coche del tren que se alejaba, en tanto que yo quedábame inmóvil, sin poder pronunciar ni una palabra. ¡Tantas cosas se me ocurrían, que las frases se apiñaban en mi garganta, y queriendo salir todas á la vez, no salía ninguna!

Pero si bien no dije nada con la boca, con el alma grité: ¡Perdóname; adios! y aquel grito debió repercutir en los oídos de ella, y llegar á lo más interno de su ser.

Poco después fijábame en un sobre que había en el suelo; apresuráme á recojerlo, y lo abrí con ansiedad.

Era una carta y... ¡un corazoncito de cristal!

«Mi siempre inolvidable Luis: hace

tiempo te entregué mi alma; recibe en este día mi vida entera, y á cambio de esto, me atrevo á volverte á rogar que no me olvides. ¡Que te acuerdes alguna vez de mí!

Ahí va, como recuerdo, ese dije, ese corazón que lo mismo en mis alegrías que en mis penas colgado estuvo en mi pecho, junto al otro, junto al que sabes que sólo late para tí.

¡Adios Luis! Ten compasión de tu

Elisa.»

Yo temblaba; mi emoción era inmensa...

Besé aquel pedazo de cristal, recuerdo de la única mujer que me adoró en esta vida y á quien yo no quería... y en tanto en el tren, que ya lejos apenas si se divisaba, tal vez la pobre Elisa, bañada en un mar de lágrimas, exhalaba suspiros y sollozos.



XII

Sufriendo más que gozando, pasé en X. el invierno, pues Clotilde pareció complacerse en darme disgusto tras disgusto.

¡Así son las mujeres! Es menester aborrecerlas para ser amado.

De Elisa supe, por sus padres, que había estado en Madrid muy enferma pero que, gracias á Dios, ahora estaba ya bastante mejorada, cosa que me alegró en extremo, pues tenía el remordimiento de ser yo el causante de su pena.

Y en todo ese tiempo, ni fuí por Villavieja, ni pensé en ir; ni ví á mis tutores, ni los volví á ver, contentándome con saber de ellos por escrito, cuando me remitían dinero para mis gastos, anunciándome al mismo tiempo, que la considerable herencia de mis padres, iba *en descenso*.

Llegó el mes de Abril, y con Abril el buen tiempo.

Una tarde, recibí un billetito de Clotilde

en el que me participaba que con motivo de la llegada á X. de una prima suya recién casada, á las cinco tendrían una *petite soiree*, á la que me invitaba, rogándome fuese puntual.

Al dar la primera campanada de las cinco, presentábame en la casa, donde fuí recibido como de costumbre con suma amabilidad.

En el saloncito donde se celebraba la reunión se veían unas quince ó dieciseis amigas de Clotilde, otros tantos jóvenes, visitas de la casa, dos ó tres viejas amigas de Doña Sofía; Antonio González, que habíase convertido en el gomoso de la moda y á quien en todas partes encontraba, y por último, la sin par belleza Angeles Guerra, la prima recién casada de quien me hablaba Clotilde en su billete.

A la primer ojeada, comprendí la clase de mujer que ante mí tenía.

Era una hermosísima rubia de terso cutis, y mirada provocativa; con esto está dicho todo.

Su elegantísimo traje descotado que dejaba adivinar la blancura de su seno, su pequeño pié que tan bién calzaba el charolado zapato, sus maneras distinguidas, todo, hacía presumir una mujer superior

á las que en la pequeña capital de X. solíamos admirar.

Por Clotilde supe que el marido de Angeles estaba en Madrid, muy ocupado en sus negocios...

Enseguida comprendí que Angeles no estaba enamorada de su esposo, y que habiase casado con él, porque, según ella, á los 22 años no debe la mujer seguir soltera.

También pude advertir que Antonio González no la perdía de vista, y que parecía le gustaba demasiado.

Bien es verdad que para él, toda mujer era *conquistable*, según una célebre frase suya.

Empezó el baile y... más esto no nos interesa, y creo que podemos pasarlo por alto.



XIII

Comiendo estaba días después del baile, cuando un criado me pasó el recado de que en el gabinete tenía esperándome una visita.

Rápidamente terminé de comer y al gabinete pasé enseguida.

Allí estaban Angeles, Clotilde y Antonio González.

—¡Que sorpresa tan agradable!—exclamé al verles.

—Venimos— díjome Angeles — á secuestrarle á V. Hace una tarde magnífica y nos vamos á ir los cuatro á dar un paseito por el campo... ¿Que tal?

—¡Admirable!

—Ya sabía yo que no se negaría V.

—¡Claro que no!

—Yo, como señora casada...

—Que no lo parece...—añadió sonriendo Antonio.

—Bueno; pues yo haré de *mamá*... Conque, ¡mucha formalidad!

—Desde luego.

—Desde ahora, querrás decir—me interrumpió González.

—Confiado en ella, me ha dejado salir mi madre—dijo Clotilde.

—Por mi no hay más que hablar. *¡En avant!*

—¡Viva la primavera!—gritó Antonio.

—¡Viva!—coreamos todos.

Y dicho esto, cogí mi sombrero de fieltro y mi bastón, y salimos.

Media hora más tarde, nos deteníamos.

Estábamos en una hermosa pradera, saturada de gratos perfumes. Al fondo y á la izquierda, descubriáse intrincada selva y un arroyuelo que serpenteaba por entre los árboles; á la derecha, y á lo lejos la negra silueta de la ciudad, destacándose del azulado de las montañas que tras de ella se alzan... y allá, en lontananza, el sol empezando á ocultarse en el horizonte, cual si no quisiera ser testigo de aquella escena.

Antonio dió el brazo á Angeles, y yo á Clotilde.

Las dos parejas paseábamos bajo las copas de los árboles.

Yo solo me ocupaba de Clotilde; estaba loco de felicidad, pues ella parecía estar más amable que de costumbre, y embebíame conversando en voz baja con ella, recordando la vez primera en que la hablé de amor...

Angeles y Antonio, paseaban también; nosotros no les veíamos.

El sol se había ocultado; la noche avanzaba... pero ¿quien podía pensar en marcharse encontrándonos tan á gusto allí?

Clotilde me puso en el ojal de la americana, una flor silvestre; aquel acto tan insignificante lo aprecié más de lo que os podeis imaginar. Estaba ébrio de amor, amor tan puro como el aliento de los ángeles.

Ella estaba más hermosa que nunca, y yo gozaba mirándola...

Y así pasamos dos horas; ella inquieta, con las mejillas encendidas, balbuciente...; yo, extasiado mirándola, queriendo sondear los pensamientos de su alma, prostrado á sus pies oyendo los latidos de su corazón, pasando mis manos por sus sedosos cabellos, como pasaba las suyas Rafael por los hermosos rizos de la Fornarina...

Clotilde era para mi la imagen de la Virgen, y yo me sentía satisfecho con solo estar á su lado contemplándola con arrobamien-

to, venerándola como se venera á Dios...

Eran las ocho de la noche, cuando yo propuse á Clotilde salir en busca de Angeles y Antonio.

No tardamos en encontrarlos: estaban juntos, muy juntos...

.....

No se mancha tan solo con la palabra; se mancha también con el pensamiento. Y esto es lo que yo sentí, al presentarme con Clotilde, ante Angeles y Antonio: ¡Que pudieran dudar de la pureza de la mujer que á mi lado estuvo!

Porque hay quienes no creen nada más que en el amor *material*, y es que no han podido comprender que existe un amor más grande, más inmenso: el amor *espiritual*: ese que nos eleva hasta Dios...

¡Que á El así se le ama! Y Clotilde para mi, era tan grande, tan excelsa, que tuve que amarla como á Dios...

Si así no lo hubiera hecho, Clotilde sería hoy una cualquiera: una víctima más de los apetitos del cuerpo.

Y esos apetitos, cuando se ama de veras, se destruyen. ¿Como?

¡Con el corazón!

Que no todos lo tienen...

¡Y yo, lo tenía!



XIV

Volvimos á la ciudad; Angeles y Antonio muy satisfechos de la escursión; Clotilde disgustada... ¿Porqué? En aquellos momentos no podía comprenderlo; ahora si, pero no quiero decirlo, como no quisiera pensarlo...

Y si antes no lo comprendía, lo adivinaba; por eso, sin duda, tomé el tren aquella misma noche y me fuí á Madrid, donde me encontraría lejos de Clotilde... ¡de Clotilde, á quien adoraba!

La mañana de mi llegada á la Corte, y apenas hube descansado en la fonda, instintivamente me dirigí á casa de los tíos de Elisa, donde vivía esta... mejor dicho, donde moría, pues se encontraba, según me digeron allí, gravemente enferma; tanto, que los médicos desesperaban salvarla.

¡Pobre Elisa!

Todos los días iba á preguntar por ella;

siempre lo mismo, siempre luchando entre la vida y la muerte.

Y en tanto, pasaba el tiempo; quince días llevaba ya en Madrid, y solo había recibido tres cartas de Clotilde, á quien yo escribía todos los días.

Por fin una tarde recibí una carta que estaba concebida en estos términos:

«X. 2 de Junio de 18...

Apreciable Luis: mi conciencia me obliga á ser sincera. ¿A que seguir engañándote por más tiempo? No eres tú el hombre que ví en mis sueños; yo no te amo. Si creí lo contrario, al principio de nuestras relaciones, fué porque yo era una chiquilla; me entusiasmé contigo, como cuando de pequeña me entusiasmaba con una muñeca que después despreciaba: un capricho.

Perdona mi laconismo, y no olvides que siempre encontrarás en mí una buena amiga.

Clotilde.»

Al terminar la lectura de esta carta, quedé anonadado. ¡Adios mis ilusiones!

Perdidas las esperanzas, ¿que hacer con mi amor? ¿Ahogarlo en sollozos? ¡Nunca!

¿Matarme y sepultarlo conmigo en la tumba? ¡Eso lo hacen solo los cobardes! ¿Qué hacer pues?

¡Sufrir! ¡Que Dios era Dios, y también sufrió!

.....

Yo no sé las horas que pasé llorando mi desventura.

Los primeros rayos del sol de la mañana, bañaron mi rostro, y me despertaron de mi letargo.

Sobre la mesa de trabajo, tenía un billete, que abrí con ansiedad.

Estaba escrito con una letra desigual y casi ininteligible.

«Luis: siento que se me vá la vida. No quiero morir sin verte; ven...

Y con una letra muy grande terminaba:
»... no tardes. Tu

Elisa.»

Yo no dudé; cogí el sombrero, bajé á saltos la escalera, tomé un coche...

Y partí.





XV

Cinco minutos después, se detenía el coche.

Habíamos llegado.

En la portería, no había nadie; subí. Las puertas de las habitaciones, estaban abiertas; entré. No encontrando persona alguna, me interné por aquellos pasillos; todo era silencio.

De repente me estremecí: al final de aquel corredor, en que yo estaba, se percibía ruido...

Eran suspiros, sollozos...

Hacia allí me dirigí; un grito desgarrador me detuvo en el umbral de la puerta, que, cual si á mágico impulso obedeciese, se abrió de par en par.

Horrible espectáculo se presentó ante mi vista.

La Marquesa de Hontaneda, estrechaba contra su pecho el inanimado cuerpo de Elisa...; el Marqués, de rodillas y besando

la fría mano de su hija, lloraba con desesperación; la familia toda, conmovíase anegada en lágrimas ante aquella lúgubre escena.

Yo me sentía transtornado; mi cabeza daba vueltas, las piernas se me doblaban, mi corazón se oprimía...

¡Oh! ¡Que horrible, Señor, que horrible!

.....

Y tú, Elisa, si desde el cielo te dignas escucharme, ¡perdóname!; si causé tu muerte, bien lo he purgado. Desde aquel día, no he gozado un solo instante...

Y ahora, al escribir estas líneas, no estando lejos la hora en que Dios me llame á su presencia, siento que se llenan mis ojos de lágrimas al recordarte...

Infame fuí: ahora es sincero mi arrepentimiento: ¡perdón, Elisa, perdón!

.....

Aquella noche, pedí una gracia que me fué concedida; el Marqués me permitió velar el cadáver de su hija.

Todos se retiraron á sus habitaciones, y yo, con objeto de evitar que la madre de Elisa pudiera entrar en la Capilla mortuoria dando lugar á nuevas y tristísimas escenas, cerré la puerta con llave...

Estábamos solos: ella y yo.

No me atrevía á mirarla, aquel silencio de la muerte me imponía...

Mil ideas confusas pasaron por mi mente; luego, cual si pasara por mi imaginación una cinta de cinematógrafo, fui viendo desfilar los principales sucesos de mi vida: la muerte de mis padres, la escena de mi declaración de amor á Clotilde, el baile en que conocí á Elisa, el cruce del tren que llevaba á esta á la Corte, el último paseo que dí con Clotilde...

Entónces me atreví á levantar los ojos y...

¡Que bella estaba! ¡Que expresión de infinita bondad tenía su rostro!

Yo estaba extasiado contemplándola; admirando aquel ser que tan joven moría, y que tanto sufrió en la tierra.

Sentía en mi pecho, algo que se agitaba, y me mordía el corazón...

Y entónces me acordé de la ingrata Clotilde, é intenté compararla con Elisa.

¡Inútil intento!

Clotilde y Elisa, solo tenían un punto de comparación, si así podemos llamarlo; Clotilde era inmensamente mala, y Elisa inmensamente buena: un demonio y un angel.

¡Si esto hubiera podido yo comprenderlo entónces! ¡Dios no lo quiso! ¡No pudo

darme peor castigo! ¡Respetemos la voluntad de Dios!

Insensiblemente me fuí acercando á Elisa...

La miraba hipnotizado...

¡Qué pasó entónces, por mi mente? Yo no lo sé.

Solo recuerdo las palabras que salieron de mi alma, y que pronunciaron mis labios.

—¡Elisa, perdóname por Dios! ¡Perdóname por mi amor, porque has de saber que yo te amo, te amo, sí, como un loco, como un insensato; pero te amo!

¡Compadécete de mí! ¡Dí que me perdonas, dilo, dilo! ¡Oh! ¡Dios mío, que lo diga!...

Y entónces pasó algo horrible, algo que yo no acierto á explicar.

De los labios de la muerta se escapó un suspiro...

¡Mi perdón tal vez!

—¡Gracias, Elisa, gracias! ¡Así te quiero yo; buena, hasta después de muerta! ¡Cuanto te amo, cuanto te adoro! ¡Mi bien, mi vida, mi Dios! ¡Mi dicha... y estás muerta!

Yo no pensaba, deliraba; estaba loco. ¡Loco de amor por ella!

Por ella... ¡á quien yo maté! ¡Aquello era horrible! ¡Horrible como la realidad!

Aún recuerdo que, en el colmo de la exaltación, acerqué mis labios sacrílegos á sus labios, cual si quisiera dar mi vida á aquel ser frío é inanimado...

¡Mi vida en un beso!...

El frío de la muerte obró en mi cuerpo como una descarga eléctrica...

Caí al suelo sin sentido.



XVI

Veinte días pasé en cama, delirando, mientras los médicos me disputaban á la muerte. Dios quiso que triunfara la ciencia; tenía que sufrir mucho todavía.

El 25 de Junio regresé á X., donde pasé una larga temporada.

No vi á Clotilde; tuve sí noticias de ella, por una carta que me enseñó una amiga suya. Estaba veraneando.

Ahí vá un fragmento de la epístola escrita por Clotilde:

«...¡si conocieras, querida Carmen, mi *nueva* conquista! Es un joven muy elegante y muy simpático, (no te vayas á creer que esto lo digo porque tiene dinero), que en nada se parece á los otros; no tiene la melancolía de Enrique, ni los celos de Adolfo, este es alegre, decidido, y... creo que sabré emplear mi mañas para enloquecerle.

Le he conocido anoche en el Gran Ca-

sino; me lo presentó Jiménez, á quien estoy con este motivo sumamente agradecida, y á pesar del poco tiempo que tuve á mi disposición, supe tender mis redes...

¿A que no te figuras de quien es una carta que he encontrado hoy revolviendo los papeles de mi *secreter*? ¡De Luis!, de aquel joven de mirada ardiente que tantas veces me llamó cruel; ¿no recuerdas?, aquel que me dedicaba versos en los que me llamaba «hurí del desierto...»; más claro: mi *primer* amor.

Ganas me dieron, al reconocer su letra, de romper en mil pedazos aquel papel, y echarlo al fuego, pero después me arrepentí y, *por curiosidad nada más*, leí la carta, que tenía la fecha del 3 de Junio. ¡Que cosas decía en ella! ¡Que recuerdos tan lejanos...! Habla de su inextinguible amor; no quiere creer que le he olvidado, á él, que me *enseñó* lo que es cariño, amor... ¡Tonto! No sabe que *aprendí* muy bien sus lecciones; dice que está triste, y que se siente morir... Todo, porque sabe que *conjugo* el verbo amar con otros... El tiene la culpa: ¡no haberme enseñado!...

Esto decía la carta; pero no me hizo impresión. Mi larga enfermedad borró en mí

las huellas del amor que profesé en otros tiempos á Clotilde.

A primeros de Septiembre, recibí carta de mis tutores en la que me anunciaban, después de muchos rodeos, que mi fortuna, á causa de los muchos gastos que ocasionó mi enfermedad, estaba muy reducida y que me era preciso disminuir mis pedidos de dinero, si no quería verme muy pronto sin un céntimo.

No hice caso de estas advertencias, les pedí á vuelta de correo una fuerte cantidad, y me marché enseguida á la Corte, donde me establecí con ánimo de no volver á salir de allí, como hasta ahora he conseguido.

Estaba decidido á encontrar una mujer que me hiciera feliz, pues, según creía entonces, no habría podido vivir sin amar.

Y me lancé en pos de esa desconocida...

¡Y el tiempo pasó, sin conseguir mi propósito!



XVII

Una noche; una de esas noches de Carnaval cuyo recuerdo difícilmente se borra de nuestra mente; cuando del rostro desaparece la vergüenza, para ocultarse tras del terciopelado antifáz; cuando el corazón se despoja de ese velo que todos llamamos el pudor; cuando el alma se inunda de esa alegría indescriptible, precursora de un deseo vivísimo de amar, siéntese uno subyugado por el ambiente embriagador que le rodea, y los melodiosos acordes de la música, confundidos con las sarcásticas carcajadas que repercuten en el salón, hácenle creer que todo lo que presencia es sueño; un sueño dulcísimo, donde se contempla á la mujer envuelta en gasas finísimas, saturada de aromas, exhalando por sus labios de carmín, palabras dulces, muy dulces...; palabras que embriagan y enloquecen...

Recostado en mullida butaca, en un

palco del Real, veía ante mí agitarse y revolverse esa ola de carne humana, compuesta por la multitud de máscaras, mascaritas, y mascarones, que con vertiginosa rapidez, giraba enloquecida por el amplio salón, arrullada por las cadenciosas melodías de un wals ó las alegres notas de una polka.

Todo era alegría en derredor; todo felicidad en torno mío... y sin embargo yo no gozaba. Nada me llamaba la atención; ninguna de aquellas beldades que me brindaba con sus sonrisas, se parecía á *ella*, al ideal que se formó mi mente, á esa mujer que á pesar de buscarla con toda el alma aún no la pude encontrar...

De improviso, mis labios exhalaban un gemido, y sentí que el corazón me latía con inusitada violencia.

La causa no pude explicármela en el primer momento; tuve que hacer sobre humano esfuerzo, y reconcentrar todos mis sentidos para ver lo que no veía...

A través del antifáz, pude descubrir sus negros y rasgados ojos. Su rubia cabellera que, en finísimos hilos de oro, descendía sobre su mórbido cuello; su alabastrina mano; su diminuto pie calzado con charolado zapato; sus esculturales formas que

dibujábanse tras del negro dominó y que parecían delineadas para servir de modelo á un pintor que quisiera y supiera hacer la alegoría de la *hermosura*, acabaron de enloquecerme, creí que ante mi tenía á *ella*, y... ¡aquella noche fuí feliz!

Indolentemente, recostaba su torneado brazo sobre el mío; oía los fuertes latidos de su corazón, respiraba el mismo aire que ella respiraba, recreaba mi vista en la contemplación de aquella hermosa cuyo rostro no veía, pero en cambio adivinaba...

Y así pasó la noche; la ingrata no tuvo compasión de mí, no me dejó ver su rostro; y cuando los primeros rayos del sol del nuevo día, aparecieron en el horizonte, la orquesta lanzó al aire la última nota de un wals, y poco después triste y cabizbajo me encontraba en medio del salón. ¡*Ella*, había desaparecido entre aquel torbellino de gente! Pero quedábame aún una esperanza: ¡Quizás la volvería á encontrar!

Y allá, á lo lejos, se oía el confuso rumor de los carruajes que se alejaban; tal vez en alguno de aquellos huyó *ella*, esa desconocida á quien tanto he buscado, ¡y á quien no pude encontrar!

Pero... esa desconocida, ¿existe en realidad? ó ¿es ilusión de mi mente?

Si existe, ¿porque Dios no ha querido que la encuentre?

Si es ilusión ¿porque El no me arranca de este mundo?

¿Tan malo he sido que aún no purgué bastante mi pecado?

¡Oh, Dios!

La tierra es el infierno: la vida un suplicio: la muerte el cielo.





XVIII

Una vez más creí abrasarme por la llama del amor, y una vez más ví desvanecidas mis ilusiones...

Era ella, una hermosa cubana de ojos negros, alegre y juguetona, con labios de carmín donde rebosaba una sonrisa de angel. Su retrato no podría yo hacerlo; ¡era y es tan hermosa! Pero, en fin, ella fué quien me dió la solución del problema que por entónces me atormentaba, y solo por esto se habría hecho acreedora á que yo la ensalzase, aunque por mucho que así fuese, nunca sería tanto como ella se merece.

Es su nombre, Mercedes, y como tenía un caracter muy parecido al mío, y la misma edad que yo, no transcurrió mucho tiempo desde que nos conocimos, sin que nos hiciéramos íntimos amigos.

También ella buscaba con verdadera ansiedad *su desconocido*; yo, *mi desconoci-*

da: los dos un personaje, tal vez imaginario, y que deseábamos encontrar.

Una tarde, triste y lluviosa del mes de Marzo, nos encontrábamos, Mercedes y yo, algo pensativos, sin hacer caso de la alegría que en derredor nuestro reinaba, cuando de improviso levantóse y acercándose á donde yo estaba, me dijo con aire de triunfo, parodiando al célebre Arquímedes:

—¡Ya lo encontré!

—¿Eh?—exclamé dirigiendo ardiente mirada á mi vecina.

—Pues, que resolví el problema.

—¿Es posible?

—Y tan posible. Mira—añadió bajando la voz—*ahora* tú, eres mi desconocido, y yo, tú desconocida.

—¿Te burlas?

—No; ten la paciencia de escucharme, y me explicaré.

—Locuras tuyas; siempre serás la misma. Pretendes burlarte de mi: te ries: todo lo tomas á broma...

—Hablo formalmente.

—Será la primera vez.

—Y quizás la última; pero escucha: A ti te gustan las muchachas, y á mi, ¿á que negártelo? me distrae el tener novio; te

enamoras, ó crees enamorarte enseguida: á mi me pasa lo mismo. Para ti, toda mujer hermosa es la desconocida que buscas; la declares tu amor, más luego te aburres, y exclamas desalentado: ¡No era *ella!* A los dos nos sucede igual, y mira tu por donde...

—Mira tu por donde, Dios te ha puesto en mi camino.

—¡Es verdad!—exclamó Mercedes con acento melancólico.

—Después de todo, nada se ha perdido, y si tu quieres... ¡si tu quieres podemos ser felices!

—Nos cansaríamos...

—¡Que cruel eres!

—Yo siempre he deseado encontrar un hombre que me adorase, para adorarle.

—¿Y si yo te digiera que te amo con toda el alma y que estoy loco por ti?

—Pues no te creería, porque eso mismo se lo has dicho ya á otras.

—¡Mercedes!

—Y además ¿que lograrías conque te diera ese *si* que tanto anhelas? Verías satisfecho tu capricho, y luego...

—Luego seguiría adorándote.

—Bueno; supongamos que eso es cierto. ¿Y si yo me canso?

—¿Eh?

—¡Claro! Me conozco bien y... dudo, ¡hasta de mi! Seremos amigos: lo que quieras menos *eso*. Yo quiero amar, pero no puedo.

—¿Luego no me quieres?

—Si te digese que sí... tal vez me engañaría.



XIX

Al menos Mercedes fué franca conmigo; yo se lo agradezco.

Mi amor hacia ella, tuvo la duración de un relámpago...

Su recuerdo quedó en un rinconcito de mi corazón, junto al de Clotilde, y Elisa: mis tres amores, ahogados en ese revuelto mar que unas veces se llama el «Mar de la ilusión» y otras el «Mar del desengaño».

Lo que no podré perdonar nunca á Mercedes, es el ser ella la causante de la desgracia de mi mejor amigo, del único ser que en esta tierra me ha tenido cariño verdadero y á quien yo he correspondido: del único que me fué siempre fiel: ¡Charles D'Arlés! Solo su nombre me estremece; evoca las tristezas de mi vida. El, sufrió como yo; los dos hemos padecido horriblemente en este valle de lágrimas...

¡Todo sea por Dios!

Hijo de un coronel francés, y de una es-

pañola, Charles fué educado en Inglaterra, y hace dos años que vino á España.

Le conocí en Madrid, era un joven apuesto y gallardo, de unos diez y siete años de edad; vivíamos en la misma fonda, y pronto trabamos una amistad sincera.

Era huérfano, como yo; su padre murió en la guerra, y su madre al darle á luz.

Su caracter grave, al par que melancólico, le hacia interesante.

Como este manuscrito solo está destinado á mis memorias, no voy á escribir aquí su historia; diré tan solo dos palabras, de sus amores con Mercedes...

Sabed que á Charles nunca le gustaron las mujeres; Mercedes para él era una diosa... ¡y la adoró!

En silencio, durante mucho tiempo; luego, cuando vió que, al parecer Mercedes le correspondía no tuvo valor para conservar en secreto su pasión, y se lo dijo á ella...

¡Jamás lo hubiera hecho!

Mercedes, al oír la declaración de amor que le hizo Charles, soltó una carcajada... El se puso lívido, la miró con ojos espantados, y cayó al suelo sin sentido...

Cuando volvió en sí; ¡había perdido la razón!

.....

Cuando al mes pasado, días después de la catástrofe, fui á Leganés á visitarle, quedé anonadado; el pobre no me conoció...

Estaba furioso, gritando que tenía que matar á una infame.

—«¡Dejadme, que me vengue! ¡Ella me destrozó el corazón con sus palabras; dejad que yo la destroce el suyo con mis uñas, y que me beba su sangre...!»

Salí del Manicomio acongojado. ¡Pobre Charles! ¡Pobre amigo mío!

Sigue, sigue sufriendo en esta vida...

Cometiste un crimen muy grande... ¡amaste á una mujer! ¡Purga tu pecado... que pecado debe ser y grande, cuando Dios que es tan bueno, no te ha alejado del mundo para llevarte con El!



XX

¡Perdí á Clotilde, á Elisa y á Mercedes! ¡Perdí también á Charles! ¡Perdí mi hacienda! ¡Perdí la salud!

Estoy en la miseria.

Aquí me teneis; alejado del mundo, desilusionado del amor que saben inspirar las mujeres, enfermo del corazón...

Ya no tengo fuerzas para nada, ¡ni aún para cojer la pluma!

Muero de viejo, ¡á los veinte años! A la edad en que la generalidad comienza á vivir...

Mi enfermedad tiene un nombre: *Pasión de amor*.

Para los doctores de la tierra, es incurable; no para Dios.

¡Cúmplase su voluntad!



EPÍLOGO.

—0—

Triste, muy triste, me es el dar fin al verídico relato que antecede á estas líneas, y que no pudo terminar mi siempre inolvidable amigo Luis España.

Permítaseme enviarle desde aquí, un sincero recuerdo á su memoria.

* * *

Una noche del pasado mes de Febrero, permanecía en mi gabinete de estudio absorto en la lectura de una de mis obras favoritas, (la célebre novela *Graziella* del inmortal Lamartine), cuando fui interrumpido por un criado que entró en la habitación para entregarme una carta.

Al momento reconocí la letra: era de Luis.

«Madrid 25 Febrero 1900.

Estoy gravemente enfermo. Ven

enseguida, pues necesita verte antes de morir

Luis.»

El efecto que estas líneas me produjeron, no es para descrito. Luis fué siempre mi mejor amigo...

No podía creer que fuera cierta la fatal noticia.

Aquello era superior á mis fuerzas.

El primer tren, salía para Madrid á las siete de la mañana, y no eran más que las doce de la noche.

¡Siete horas mortales!

Para calmar un poco mi agitación y procurar distraer mi imaginación de las fúnebres ideas que la atormentaban, decidí marcharme al baile del Casino: un baile de máscaras, pues era lunes de Carnaval.

Y allí fuí; allí ví muchas mujeres hermosas, quizá tan hermosas como las que causaron la muerte del pobre Luis.

Entónces, me acordé de él: y al ver cogida de mi brazo á una bella amiga mía, no pude menos de estremecerme... ¡Tal vez en aquel cuerpo de angel, anidaba un alma de demonio!

A las doce de la mañana, me presenté en Madrid, en casa de Luisillo.

La habitación donde se hallaba, era una humildísima alcoba, débilmente alumbrada por la poca luz que penetraba á través de los visillos de una pequeña ventana.

Una cama de hierro, una mesa, y dos sillas, componían el mueblaje.

Al lado del lecho pude distinguir la silueta de una hermana de la caridad: su última compañera en este mundo.

Luis, al verme, pareció animarse; en los morados labios de su rostro cadavérico, se dibujó una sonrisa...

Estreché su mano descarnada, y al contemplar al pobre moribundo, sentí que un nudo se formaba en mi garganta, al mismo tiempo que bañaban las lágrimas mis ojos... ¡Desgraciado amigo!

—¡Hermana!—murmuró con voz apenas perceptible—dejadnos solos.

La hermana de la caridad, salió.

—Y bien, Luis, ¿como te encuentras?

—Mal, muy mal; me siento morir poco á poco.

—Mira, no digas tonterías.

—¡Tonterías!—y sacando de debajo de la almohada un manuscrito, añadió—Toma; es mi última obra: son mis memorias

íntimas, ¡pedazos de mi desgarrado corazón!

—¿Y para qué me das esto?

—Para que las leas, en cuanto yo haya dejado de existir. Después...—me dijo animándose un poco—después para que las publiques, y puedan saber así, los que en otro tiempo fueron mis amigos, lo mucho que yo he sufrido, y la causa de mi muerte.

—Pero hombre...

—Es mi última voluntad.

—Calla, no pienses en eso.

—¡Si me estoy muriendo! Mira, te voy á pedir un favor que no dudo harás; cuando muera quiero que me entierren junto á ella...

—¿Ella?

—Sí, junto á la pobre Elisa; ya sabrás quien es cuando leas mi manuscrito... No puedo olvidarla... ¡La adoro cada vez más! Y ¿sabes por qué tengo muchas ganas de morir? ¡Por verla! ¡Porque Dios me dice que la voy á ver...!

Tuvo que detenerse; la fatiga le ahogaba.

—Si alguna vez te encuentras con la otra, con Clotilde... dile que la perdono... Mira, no puedo más... la muerte llega...

En el cajón de la mesa... encontrarás unas cuantas pesetas que repartirás á los pobres...: es toda mi fortuna...

Yo le escuchaba emocionado, y sin poder articular palabra alguna, pues estaba, viendo apagarse la vida de aquel ser, para mí tan querido.

Llamé á la hermana de la caridad.

—¡Perdóname, Dios mío! ¡Perdóname!—balbuceaba el desgraciado Luis—
¡Adios Miguel!... ¡Adios hermana!... ¡Elisa!... ¡E... li... sa...!

Y espiró.



Hasta aquel momento, la hermana de la caridad, que había permanecido al parecer impassible, ocultando la emoción intensa que la embargaba, no rompió en amarguísimo llanto...

—¡Recemos, hermano, recemos por el alma de Luis...!

Y nuestras plegarias se confundieron en una sola: tiernísima, sincera, interminable...

Cuando terminamos, la pobre hermana se abrazó, sollozando, al inanimado cuerpo de mi amigo: yo, en tanto, abrí con

ansiedad el manuscrito, y me dispuse á leerle...

*
* *

Era ya casi de noche, cuando acabé la lectura de aquellas páginas escritas por mi amigo en horas de dolor; á mi lado estaba la hermana de la caridad, con sus ojos fijos en los míos, cual si quisiera sondear mi pensamiento.

—¿Leyó V. ya las memorias del pobre Luis?

—Las he leído, ¡y las he sentido!—exclamé conteniendo á duras penas el llanto que á mis ojos acudía.—Y V. hermana, ¿conoce esta historia?

—No hace aún muchas horas que la oí de sus labios...

—¡Ha sufrido mucho el pobre!

—¡Y yo tengo mucha culpa de sus sufrimientos...!

—¿Eh?

—Sí, caballero; yo me he llamado en el mundo Clotilde...

—¡Clotilde!

—Ahora soy la hermana María de la Misericordia.

—Pero Luis...

—No me ha conocido, y yo no he teni-

do valor, ni me he creído digna, para decirle quien era...

Y Clotilde lloró: ¡sus lágrimas eran de arrepentimiento!

—He sido mala, muy mala... Desprecié su amor, ¡y acabé en el fango!... Horrible enfermedad me tuvo postrada mucho tiempo en una cama del Hospital... ¡Allí me regeneré! ¡Allí comprendí lo inmenso de mi falta! Allí... ¡creí en Dios! Después de luchar con la muerte, y después de vencerla, contra mi deseo pues yo habría preferido morir, decidí lavar mi mancha... ¡Ingresé en un convento! Dios me dió fuerzas para todo... El me puso frente á Luis durante esta enfermedad que le ha llevado al sepulcro... ¡Yo le he ayudado á bien morir...! ¡Yo escuché de sus labios miles de recuerdos de amor para *su* Elisa! ¡Palabras de desprecio para la que fué *su* Clotilde!

La pobre monja, parecía ahogarse con sus sollozos.

—Antes de morir, me dijo el pobre Luis que os perdonaba...

—¡Su perdón! ¡Lo único que yo ambicionaba! ¡Gracias, Luis! ¡Gracias, Dios mío!

Y con objeto de distraer á la que se llamó Clotilde la pregunté:

—Y ¿sabe V. algo de Mercedes?

—No hace mucho la ví en un coche con su marido. Se casó hace dos meses con un médico muy rico... De los demás personajes que tomaron parte activa en la historia de Luis, no he vuelto á saber nada, pues apenas tengo contacto con el mundo. ¡Dios les proteja!

Calló la hermana, y yo quedé pensativo...

El silencio más profundo, reinaba en torno del cadáver del pobre Luis España...

¡Triste es la vida, pero aún más triste es la muerte!

* * *

Cuando, no hace aún muchos días, fui á Madrid, visité la tumba de mi amigo.

Una monjita estaba arrodillada, bañando con sus lágrimas la losa mortuoria.

Allí no había coronas, ni ramos de flores; pero en cambio Dios hizo brotar en la tierra que guarda su sepulcro, unos *Pensamientos*.

¡El mejor recuerdo para el pobre Luis!

FIN.

